

25 años de los mártires de la UCA

El precio de una **OPCIÓN**

El 16 de noviembre se cumplen 25 años del asesinato, en la Universidad Centroamericana de San Salvador, de seis jesuitas, la cocinera de la residencia y su hija. Un buen conocedor de aquellos trágicos sucesos rememora el alto precio pagado por quienes siempre quisieron estar con “los pueblos crucificados”.

PEDRO ARMADA, SJ





Era muy temprano, aunque ya había amanecido hacía un rato. Recuerdo que era jueves. De repente, la emisora que estaba escuchando interrumpió su programación para ofrecer un boletín informativo urgente: en la Universidad Centroamericana de San Salvador habían aparecido los cadáveres de varios jesuitas. “¡Dios mío!”, pensé. Y, como un relámpago, el nombre de **Ignacio Ellacuría**. Las noticias, de momento, eran confusas. No se sabía ni quiénes ni cuántos eran los muertos.

Yo estaba fuera. Intenté ponerme en contacto con algún compañero jesuita, pero me costó más de una hora. Las comunicaciones no eran fáciles en aquellos momentos. Mientras tanto, la radio seguía dando noticias con cuentagotas. Pronto se supo que uno de los jesuitas era Ellacuría. Pero fueron apareciendo otros nombres: **Segundo Montes, Ignacio Martín-Baró, Juan Ramón Moreno, Amando López, Joaquín López**. “¡Dios mío!”. ¿No iba a acabar la lista? ¿Los han matado a todos?

Para intentar entender esta locura, tenemos que retroceder en el tiempo. Ya desde

mediados de los años 70 del siglo pasado, los jesuitas de El Salvador venían siendo blanco de ataques cada vez más furibundos por parte de los sectores poderosos del país. Primero, fueron ataques verbales, insultos y amenazas. Después, intentos de juicios y expulsiones. Y muy pronto, asesinatos.

El 12 de marzo de 1977, el P. **Rutilio Grande**, salvadoreño, era asesinado mientras se dirigía a El Paisnal a decir misa. Estaba claro que no se iban a detener ante nada. Para monseñor **Óscar Romero**, recién nombrado arzobispo de San Salvador, la muerte de su amigo Rutilio supuso un impacto enorme y le mostró nítidamente el camino. Desde aquel momento, el obispo tímido se volvió valiente. Sus homilías dominicales se empezaron a escuchar por todo el país. La gente encontraba en ellas la verdad que se les negaba por otros medios. Parecía que el Evangelio se hacía realidad ante sus ojos. Las palabras ya no sonaban huecas. Como las de los antiguos profetas, venían cargadas de fuerza de lo alto. Se podía sentir el solemne “esto dice el Señor”.



El precio de una OPCIÓN

▶▶ Cuentan que, durante aquellos tres años, podías ir caminando por una calle cualquiera de El Salvador y seguir la homilía completa de monseñor, pues todos los vecinos la estaban escuchando en sus radios. Tres años solamente, porque, el 24 de marzo de 1980, Romero fue asesinado de un disparo en el corazón mientras celebraba la misa en la capilla del Hospital de la Divina Providencia.

¡Un obispo asesinado en el altar! ¿Cuánto tiempo hacía que no se veía una cosa así? ¿Desde santo **Tomás Becket** en el siglo XII? ¿Dónde estamos? Estamos en El Salvador, el país más pequeño de América Central. País cristiano en el que se persigue y se mata a muchos cristianos, también a curas y, ahora, hasta al obispo.

¿Qué está pasando? Pues una cosa muy sencilla de entender: se anuncia la “Buena Noticia a los pobres”, como proclamó **Jesús** en la sinagoga de Nazaret (Lc 4, 18). Y los discípulos que la anuncian corren la misma suerte que el Maestro.

Estalla la guerra civil. El Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) se constituye en fuerza militar y se enfrenta al ejército. Incluso controla algunas partes del país. Los Estados Unidos intervienen financiando a los militares con millones de dólares y enviando cientos de asesores. Hay matanzas masivas de civiles, como en el río Sumpul (1980) o en El Mozote (1981) por parte de la Fuerza Armada. A lo largo de los años va aumentando el número de víctimas, hasta superar los 75.000 muertos.

Desde 1980, también aumentan los ataques a los jesuitas. Ignacio Ellacuría, desde el principio, abogó por una paz negociada, razonando, con su mente lúcida y prodigiosa, que ninguno de los dos bandos po-



Ignacio Ellacuría
(Bilbao, 1930),
rector de la UCA



Amando López
(Burgos, 1936),
profesor y párroco



Joaquín López
(Chalchuapa, 1918),
dir. de Fe y Alegría



Ignacio Martín-Baró
(Valladolid, 1942),
fundador del IUDOP



Segundo Montes
(Valladolid, 1933),
fundador del IDHUCA

día ganar la guerra. Esto sonaba herético para los militares, convencidos de su superioridad, pero también para los mandos del FMLN, sabedores del apoyo popular que tenían.

La Universidad Centroamericana (UCA) de San Salvador era el blanco principal de los ataques y atentados, pero también las residencias de los jesuitas, ametralladas unas veces, víctimas otras de bombas. Y es que el equipo de jesuitas y colaboradores de la UCA había conseguido algo impensable: orientar toda la potencia académica y de investigación de la Universidad hacia el servicio de los pobres.

La UCA, luz de los pobres

Desde allí se analizaba y valoraba continuamente la situación del país, se proponían soluciones, se lanzaban iniciativas. La revista académica de la UCA se vendía en los quioscos. Incluso la compraban en la Embajada de los Estados Unidos para enterarse así de lo que realmente pasaba en el país, sabiendo que las fuentes oficiales mentían y que los datos que proporcionaba el Gobierno salvadoreño eran falsos.

Una institución académica elitista, una universidad, se había convertido en la esperanza y la luz de los pobres y en el aguijón odiado por los poderosos. Otro milagro más en el “Pulgarcito de América”.



En 1989, después de diez años de guerra, el FMLN decidió lanzar una ofensiva “hasta el final”. Poco después de las ocho de la tarde del 11 de noviembre, las fuerzas del FMLN desencadenaron una serie de ataques en la capital del país. En poco tiempo, el escenario de la guerra fue San Salvador. Nunca se había vivido una cosa así. A la Fuerza Armada salvadoreña parece que la pillaron por sorpresa. Las barriadas obreras de los alrededores de la ciudad se convirtieron pronto en bastiones rebeldes, ocupados y controlados por el FMLN.





La reacción militar fue débil y desordenada. La situación era crítica. Los oficiales del Estado Mayor temieron perder la capital del país.

A los cuatro días, durante la noche del 15 de noviembre, los altos mandos militares decidieron utilizar armamento pesado, artillería, blindados y aviación para intentar aplastar la ofensiva, sabiendo que eso supondría la muerte de miles de civiles de los barrios ocupados por la guerrilla. El presidente **Cristiani** firmó la autorización.

Pero hubo algo más. En su desesperación, decidieron asesinar a los que ellos consideraban enemigos peligrosos. Entre ellos, los jesuitas de la UCA. Nada más fácil. La UCA estaba situada frente a las instalaciones del Estado Mayor, la Academia Militar y otros cuarteles del ejército. Y estaba ya rodeada por militares, puesto que había sido incluida dentro del “comando de seguridad” alrededor de los centros clave de la Fuerza Armada. Nadie podía entrar ni salir.

Al mando del comando de seguridad estaba el coronel **Benavides**. Este recibió la orden de matar a los jesuitas “sin dejar testigos”. Los encargados fueron los soldados del Batallón Atlacatl. Los ejecutores materiales, algunos miembros de la unidad de comandos, al mando del teniente **Espinoza**.

La operación fue simple: los soldados se desplazaron a la UCA. Era poca distancia y el terreno estaba controlado por ellos. Entraron por el portón cercano a la residencia de los sacerdotes, los hicieron salir y los obligaron a tenderse en la

hierba. Y así, tumbados boca abajo, los mataron a tiros. En la sala de visitas de la residencia, a unos metros del jardín “de los mártires”, encontraron a dos mujeres abrazadas. Madre e hija. **Elba** y **Celina**. Las mataron a tiros también. La orden era “no dejar testigos”. Ametrallaron el Centro de Teología, lo quemaron y destrozaron todo. Quisieron simular un combate que no había existido. Luego se retiraron tranquilamente.

Parece un relato de ciencia ficción, un guión de película de violencia. Cuando uno intenta contarlo a personas que no vi-

vieron aquellas situaciones, no se lo creen.

Los combates seguían en la capital. El entierro de los padres fue en la misma capilla de la universidad, a poca distancia de donde los mataron.

A los pocos días, recibí, a través de un jesuita que pudo salir de San Salvador, un destino insólito en su forma. El “correo” me traía un recado del padre provincial, **José Ma Tojeira**. El recado era: “Dice Chema que, en cuanto puedas, vayas a San Salvador a echarle una mano, que aquello es un lío”. Y así me convertí en ayudante del provincial de Centroamérica y en encargado de seguir el caso por parte de la Compañía de Jesús.

Los jesuitas estadounidenses, por su parte, solicitaron al *Lawyers Committee for Human Rights*, con sede en Nueva York, que hiciera lo mismo para ellos. El *Lawyers* destinó a **Martha Doggett**, que viajaba entre El Salvador y los Estados Unidos. Éramos un equipo complementario: ella buscaba más en la Embajada de los Estados Unidos y en Washington y yo me movía más sobre el terreno salvadoreño y el Juzgado 4º de lo Penal.

No fueron tiempos fáciles. El encubrimiento por parte de los militares fue abrumador. El juez apenas podía conseguir nada de lo que solicitaba. Además, su vida estuvo amenazada en varias ocasiones. Aunque parezca también de ciencia ficción, el peligro de muerte para el juez se conjuró gracias a una llamada al ministro salvadoreño de Defensa desde un despacho de Washington.

El “caso jesuitas” era portada diaria en todos los periódicos. Y no era para menos. En un país con miles y miles de asesinados por la Fuerza Armada, era la primera vez que se llevaba a juicio a unos presuntos asesinos. Y nada menos que a nueve militares, entre ellos dos oficia-



Entierro de los mártires en la capilla de la propia UCA

El precio de una OPCIÓN

► les y hasta un coronel. Como se diría en lenguaje actual, “era muy fuerte”.

Pero, insensiblemente, poco a poco, este proceso, aunque no avanzara por la obstrucción del ejército, fue abriendo puertas y ventanas a la esperanza. Fue allanando el camino a las que luego serían las conversaciones de paz en México, que pusieron fin a la guerra.

El primer aniversario, el 16 de noviembre de 1990, fue especialmente emocionante. La UCA fue “tomada” por miles y miles de campesinos y de habitantes de los barrios pobres de la ciudad. Tan impactante fue, que marcó el comienzo de una tradición que sigue hasta hoy, 25 años después.

En el juicio, que se desarrolló en 1991, no fueron condenados los autores materiales confesos de los seis jesuitas y de las dos mujeres. Fueron condenados el coronel y un teniente que ni siquiera llegó a disparar su arma. Inmediatamente, el Gobierno los amnistió. Los “autores intelectuales”, quienes dieron las órdenes, nunca fueron procesados.

Pero en El Salvador todo se sabe. Y la gente sabía muy bien quién estaba detrás de los asesinatos. Los pobres distinguían muy bien quién estaba con ellos y quién contra ellos. Por eso la

UCA se llenó de pobres en aquel primer aniversario y siguió llenándose en los siguientes.

Poco después del asesinato del P. Rutilio Grande, en 1977,



Juan Ramón Moreno
(Navarra, 1933),
dir. del seminario



Elba Ramos
(Santiago de María,
1947) atendía la
residencia jesuita



Celina Ramos
(Jayaque, 1976),
hija de Elba

en la radio y en panfletos, aparecía el siguiente eslogan: “Haga patria, mate un cura”. En junio, un escuadrón de la muerte lanzó un ultimátum a los 47 jesuitas que vivían en El Salvador: si no abandonaban el país en el plazo de 30 días, morirían todos.

Con la fe y la justicia

Los jesuitas se quedaron. El P. Arrupe los apoyó. Incluso se cuenta que él mismo quiso ir a El Salvador para estar con sus hermanos en esos momentos, pero no se lo permitieron. “Nuestra opción por el servicio de la fe y la promoción de la justicia nos va a hacer pagar un precio”, era una frase que todo jesuita conocía, y más en Centroamérica.

Aunque Ignacio Ellacuría, con su mente racional, nunca pensó que lo matarían: “¡Sería tan irracional que me matasen!”, había dicho muchas veces. Incluso, dos días antes de los asesinatos, comentó con sus compañeros de la re-

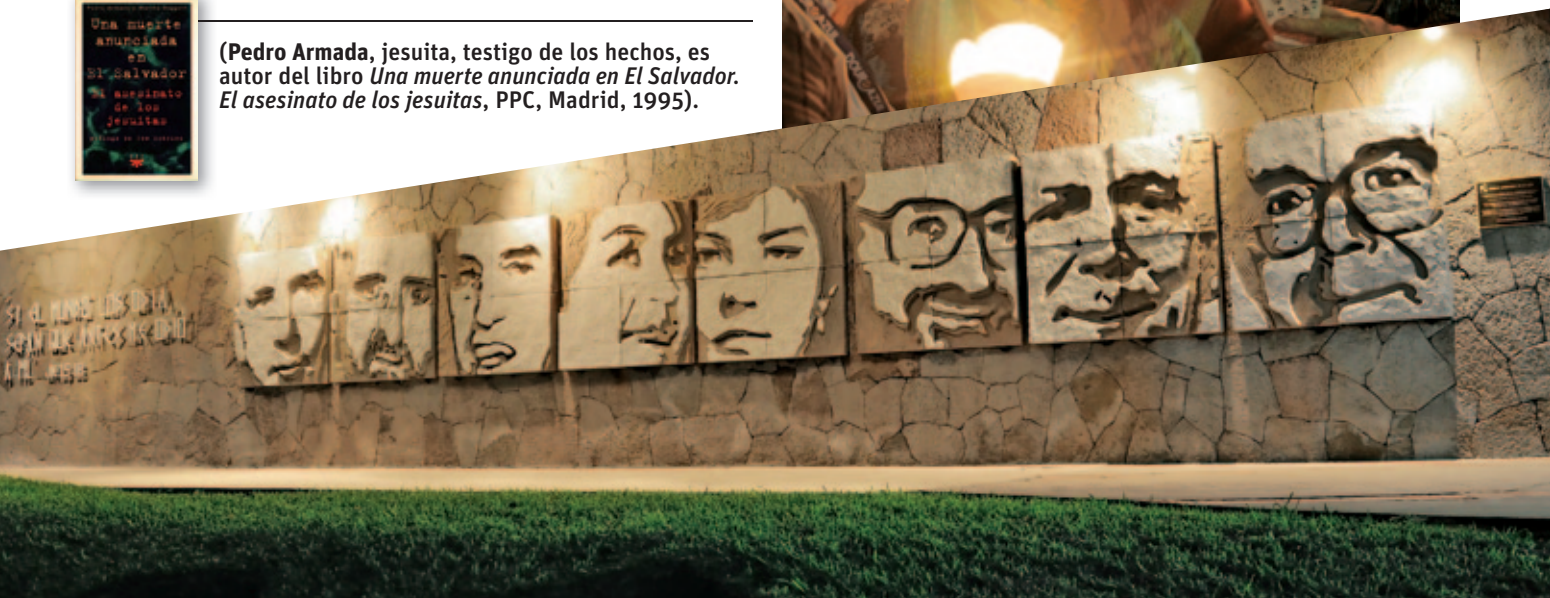
sidencia universitaria de la UCA que donde más seguros estaban era allí: “Estamos rodeados por soldados, así que no se les ocurrirá hacernos nada. Se sabría inmediatamente que habían sido ellos. No creo que sean tan brutos ni tan inconsistentes”. Pues lo fueron, Ellacu, lo fueron.

El ponerse de parte de los “pueblos crucificados” tiene siempre su precio. Los hijos de las tinieblas no soportan el brillo de la luz de la verdad. El ídolo del dinero, del poder y de la ambición pide siempre sacrificios humanos.

A primeras horas de la mañana del 16 de noviembre de 1989, ante los cadáveres, estaba el provincial, junto con otros jesuitas. Llegó también el arzobispo de San Salvador. Llegaron funcionarios del juzgado y varios periodistas. Alguien le preguntó al P. Estrada: “Padre, ¿qué siente ante los cadáveres de sus hermanos?”. El P. Estrada levantó lentamente la vista y dijo: “Envidia”.



(Pedro Armada, jesuita, testigo de los hechos, es autor del libro *Una muerte anunciada en El Salvador. El asesinato de los jesuitas*, PPC, Madrid, 1995).





EN PRIMERA PERSONA

ANDREU OLIVA, SJ

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD CENTROAMERICANA JOSÉ SIMEÓN CAÑAS-UCA

El legado de una universidad de mártires

El 9 de enero de 2011 asumí la rectoría de la UCA con gran temor y temblor. Apenas había trabajado dos años en la UCA como vicerrector de Proyección Social y venía de una década como administrador provincial, que me alejó totalmente del trabajo universitario. En ese momento, a pesar de haber estudiado en la UCA durante cuatro años al inicio de la década de los 90, y de haber desempeñado el cargo de vicerrector de Proyección Social en los dos últimos años, apenas conocía la universidad, y a muy pocas de las casi 800 personas que trabajan en ella. Sentía una gran responsabilidad, asumía la dirección de una universidad de mártires, con gran prestigio nacional e internacional por su compromiso con los pobres y la justicia, que había estado bajo la dirección de rectores de gran talla humana y académica que habían dejado una profunda huella.

En mis dos primeros años de trabajo como vicerrector de Proyección Social, me había dado cuenta de la importancia y presencia del legado de los mártires en el quehacer de la UCA. No tuve conversación con los directores de las unidades que estaban bajo la Vicerrectoría de Proyección Social en la que no se citara a **Ellacuría**, a **Montes** o a **Martín-Baró**, que fueron quienes tuvieron más peso en ese área de la universidad. A través de conversaciones y de las reuniones del Consejo de la Vicerrectoría de Proyección Social, pude darme cuenta de cuán presente e importante es su legado y del deseo de que la universidad siguiera fiel al mismo. Recordar sus frases, sus posiciones y sus análisis para aplicarlos



a las nuevas situaciones es muy común y una gran ayuda para la reflexión y el análisis de la realidad que hoy vivimos y para la toma de posición de la UCA ante la misma. Las autoridades y sus colaboradores más cercanos habían logrado mantener muy actual ese legado, sin hacer un gran esfuerzo para ello, pues la propia sociedad salvadoreña ha venido exigiendo a la UCA que continúe siendo fiel a la que los mártires concibieron: una universidad que incida en la transformación social, que siga pensando desde las mayorías populares, que mantenga su palabra crítica e independiente en la denuncia de la injusticia y la búsqueda del bien común. Las mayorías populares y muchos grupos progresistas ven a la UCA como su aliada, y la sienten su universidad, no tanto porque estudien en ella, sino porque es la universidad que está a su lado, con la que comparten causas y en la que confían.

Ese sentimiento se debe al trabajo que realizaron Ellacuría, sus compañeros jesuitas y un buen grupo de laicos y laicas, con los que pensaron un con-

cepto de universidad que quería responder a la misión de la Compañía de Jesús, la defensa de la fe y la lucha por la justicia, en la realidad salvadoreña y desde su ser universitario. A finales de los años 60, este grupo se tomó en serio la tarea de discernir cuál debía ser la misión de una universidad de inspiración cristiana en medio de un contexto de injusticia, opresión, pobreza generalizada, falta de libertades y constantes violaciones de los derechos humanos, como era el de El Salvador. Desde esa realidad y con el deseo de contribuir a la realización del Reino de Dios, construyeron y pusieron en marcha un modelo universitario que permitiera trabajar por su transformación en favor de los pobres, de la libertad, la justicia y la verdad. Con claridad meridiana, vieron que la UCA, si quería responder a la inspiración cristiana y al Reino de Dios, debía optar por los pobres y poner su pensamiento y su acción en la búsqueda del cambio social, de la transformación de la realidad histórica en que la universidad está inmersa y a la que quiere servir.

Por ello, el estudio y análisis de la realidad es una de las actividades ineludibles en la UCA. La investigación y la docencia deben buscar prioritariamente resolver los graves problemas del país: violencia, pobreza, impunidad, gran desigualdad económica y de oportunidades entre una minoría que tiene todo a su alcance y una mayoría a la que se le sigue negando el goce de los derechos humanos fundamentales, especialmente los derechos económicos, sociales y culturales. Ello orienta nuestras agendas de investigación y proyección social, e incluso determina aquellas carreras, especialmente de postgrado, que se imparten.

Para la UCA, la palabra sigue siendo muy importante, y, semanalmente, nos pronunciamos sobre temas de la coyuntura nacional que nos parecen clave, a fin de seguir anunciando y realizando históricamente el Reino de Dios, es decir, contribuyendo a que un día todos los salvadoreños y salvadoreñas podamos vivir dignamente como hijos del mismo Padre y hermanos entre nosotros.



Las heridas de El Salvador siguen abiertas

J. L. CELADA

Aunque los informes del PNUD señalan que El Salvador es “un país de desarrollo medio” (ocupa el puesto 115 de 187), las cifras no se corresponden con ese rango: cuatro de cada diez hogares son pobres, el promedio de escolarización apenas alcanza los 6 años, la tasa de analfabetismo a partir de los 10 años llega al 14%, el 40% de la población no recibe asistencia sanitaria, solo el 18% cotiza en el sistema de pensiones... Por no hablar de la situación de inseguridad y violencia (se registran 12 homicidios diarios), que le coloca como el tercer país más violento de Centroamérica –por detrás de Honduras y Guatemala–, y la persistencia de la impunidad frente a violaciones de derechos humanos cometidas durante el conflicto armado (1980-1992), denunciada por el último informe de Amnistía Internacional.

Datos del Instituto Universitario de Opinión Pública de la Universidad Centroamericana (IUDOP-UCA) constatan, asimismo, cuáles son los problemas más sentidos por la población: delincuencia e inseguridad (58,6%), violencia (11,3%), maras (8,7%)... Sin olvidar, aunque a mayor distancia, la difícil coyuntura económica: desempleo (6,3%), pobreza (3,3%)... Aspectos, todos ellos, que “no dejan de ser consecuencias de una injusticia estructural de vieja data”, admite el vicerrector de Proyección Social de la UCA, **Omar Serrano**. Porque, a su juicio, “la



Solo la verdad y la justicia conducirán a la reconciliación

guerra civil se debió a dos razones: una, política (el cierre de espacios a la disidencia política e ideológica, que era reprimida) y, otra, socioeconómica (la tremenda desigualdad entre las grandes mayorías y un reducido grupo cuyos intereses estaban representados en los gobiernos militares)”. Y es que los Acuerdos de Paz (1992) “tocaron de frente la causa política, pero dejaron prácticamente intacta la causa socioeconómica”. Buena prueba de ello es que la exguerrilla está en el poder,

pero “no se ha avanzado casi nada en la mejora de los derechos sociales y económicos”, lamenta Serrano.

A la luz de este desequilibrio, 25 años después del asesinato de los jesuitas de la UCA, resulta fácilmente explicable que la sociedad salvadoreña siga sin cicatrizar unas heridas que “están abiertas, porque a las víctimas se les dejó en el olvido”, argumenta el vicerrector de Proyección Social. Unas heridas que “se han pretendido apresuradamente vendar, sin antes curar y medicar”, apostilla gráficamente el director de *Radio YSUCA*, **Carlos Ayala Ramírez**. Eso fue lo que intentó hacer la Ley de Amnistía de 1993, decretada por el Gobierno de **Alfredo Cristiani** a los pocos días de publicarse el informe de la Comisión de la Verdad.

Justo cuando “lo único que puede cerrar esas heridas es el conocimiento de la verdad, escuchando a las víctimas de graves violaciones de los derechos humanos, ‘creyéndoles’ su verdad, dignificándolas y haciendo justicia”, reitera Serrano. Dar este paso es lo único, según él, que podrá conducir a la paz y la reconciliación.

Antes, sin embargo, convendría que los gobiernos de turno no siguieran “eludiendo las reiteradas recomendaciones y solicitudes de la Corte Interamericana de Derechos Humanos”, advierte Ayala, sobre todo la que instaba a “adoptar medidas preventivas para evitar que, en el futuro, se produzcan hechos similares” al que tuvo lugar el 16 de noviembre de 1989 en la UCA. Parece “poco probable” que así suceda, aunque

“el derecho más violado en El Salvador es el de la vida”, recuerda Serrano. Salvo que una posible declaración de inconstitucionalidad de la polémica Ley de Amnistía haga reaccionar a quienes “no les conviene hablar del pasado”, y vuelvan a “sonar tambores de guerra”.

Esclarecer la verdad y ejercer la justicia, “una deuda que solo puede saldarse con voluntad efectiva y acciones concretas” de los dirigentes políticos, es también lo que reclama el director de FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales) El Salvador, **Carlos Guillermo Ramos**, quien considera “muy poco probable” que se repitan episodios de aquella magnitud en una sociedad “mucho menos polarizada” que entonces, o que, en un futuro cercano, “la violencia política armada pueda tener alguna oportunidad de gozar de una mínima legitimidad social”. Menos convencido de ello se muestra Ayala mientras memoria y desagravio no vayan unidos, lo que implica “transformar la realidad desde las víctimas, acción indispensable para construir la convivencia social sobre la justicia, la verdad y el respeto irrestricto a los derechos humanos”.

Pronósticos de futuro

Así las cosas, pese a los progresos en el fortalecimiento institucional o las posibilidades que ofrece “la construcción de una nueva ciudadanía” (en el modo de ser y de hacer y en la cohesión social), por la que aboga el propio Ayala, ¿cómo se vislumbra el futuro? “La situación no se plantea fácil, de manera particular en materia económica”, responde Ramos. Más rotundo es el pronóstico de Omar Serrano: “Si el actual Gobierno del FMLN no hace algo significativamente importante para mejorar el país –sobre

todo la economía y la inseguridad– y para mejorar el nivel de vida de grandes sectores de la población, el plato estará servido para la derecha en las futuras elecciones de 2018”. Desde *Radio YSUCA*, Carlos Ayala, por su parte, se atreve a augurar un futuro “prometedor”. Eso

sí, siempre que se pase “de una concepción de desarrollo centrado en la acumulación de capital a un modelo de desarrollo centrado en la gente”. Un cambio de rumbo histórico al que se refería con frecuencia el difunto **Ignacio Ellacuría**.

ÓSCAR ROMERO, ¿BEATO EN 2015?

El pasado día 6, saltaba la noticia “de imprevisto”: “En la reunión del 4 noviembre, monseñor **José Luis Escobar** dijo que, en su estancia en Roma, el papa **Francisco** le comunicó que monseñor **Óscar Romero** será beatificado el año entrante. El arzobispo no dio detalles sobre la fecha y el lugar. Pero la noticia ya ha llenado de alegría”. Así lo daba a conocer el jesuita **Jon Sobrino** a través de una nota publicada en la página web de la UCA. El propio director del Centro Monseñor Romero aclaraba poco después que la fuente de tan buena nueva no era el Papa, sino el arzobispo **Vincenzo Paglia**, presidente del Pontificio Consejo para la Familia, responsable de la causa de Romero en Roma y el mismo que anunció hace más de un año el desbloqueo de su proceso de beatificación (VN, nº 2.845). A propósito de estas últimas informaciones –y en declaraciones recogidas por *La Prensa Gráfica*–, el vicario general de la Arquidiócesis de San Salvador y copromotor de la causa, **Jesús Delgado**, puntualizó que “el Papa no dio una fecha, ni año, pero esperamos que pueda ser antes de 2017”. La causa del arzobispo de San Salvador, asesinado en 1980, se encuentra en Roma desde 1996, aunque no fue hasta una década después cuando la Congregación para la Doctrina de la Fe dio luz verde a su proceso de beatificación.

Donde sí coinciden las opiniones de unos y otros es al valorar cómo la Iglesia salvadoreña ha gestionado y transmitido el legado del testimonio martirial. Bien es cierto que introducen un matiz importante: una cosa es la Iglesia institución, más en concreto la jerarquía, a la que “la continuidad de la tradición de entrega y compromiso le ha resultado muy pesada”, entiende Serrano, y que “no ha vibrado suficientemente con el testimonio de los mártires”, añade Ayala. Y otra muy distinta es la Iglesia Pueblo de Dios, donde “quedan todavía sectores importantes que tratan de ser fieles a estos testimonios, que tienen en el centro de su referencia evangélica al obispo mártir [**Óscar Romero**] y que comulgan con el testimonio de todos aquellos que ofrendaron su vida en el contexto de la guerra”, se congratula el vicerrector de la UCA. “A partir de la muerte de monseñor **Arturo Rivera y Damas** [sucesor de Romero] –explica–, la Iglesia se separó de una tradición eclesial de honestidad, cercanía con el pueblo y defensora del pobre”. Ayala va más allá: “Su actitud predominantemente conservadora, acomodaticia y distante respecto al legado de la Iglesia profética ha sido una especie de obstáculo para potenciar y actualizar ese testimonio”.

Hoy, por fortuna, ambos tienen la sensación de que las declaraciones del papa **Francisco** sobre “una Iglesia pobre y para los pobres”, o algunos de sus gestos (insinuando la pronta beatificación de Romero), han empezado a generar “nuevos dinamismos”, en expresión del director de *Radio YSUCA*, quien no duda en reconocer que “los vientos parecen cambiar de orientación a favor de los olvidados, de los excluidos y de los martirizados por causa de la justicia”.

